

M. Philipon

el
Evangelio
del
Padre

(Contraportada)

El Evangelio del Padre

Por el Rvdo. P.

M. M. PHILIPON, O. P.

Los dogmas de la Paternidad divina y de nuestra filiación por la gracia, polarizan, por así decirlo, todos los demás misterios del cristianismo: el misterio mariano y el eclesial, el de nuestra vocación divina y de nuestra fraternidad, universal con todos los ángeles y con todos los hombres, el de nuestro destino eterno, por el que somos atraídos a la Casa del Padre, donde volveremos a encontrarnos todos en una beatitud sin fin, como miembros de una misma familia de Dios.

¿No es natural, pues, que la plegaria común a todos los cristianos, sea el PADRENUESTRO, mero eco de la sublime oración de Jesús por la unidad de la Iglesia? He ahí la idea madre de esta obra: Dios es nuestro PADRE, y nosotros somos sus HIJOS.

M. PHILIPON, O. P.

EL EVANGELIO DEL PADRE

BARCELONA
1965

NIHIL OBSTAT

El Censor,

Dr. Gabriel Solá, Dignidad de Chantre

Barcelona, 1 de julio de 1965

IMPRIMATUR

† GREGORIO, Arzobispo de Barcelona.

Por mandato de S. E. Rvdma.,

ALEJANDRO PECH, Pbro., Canciller-Secretario.

A Aquella
que es la Madre
DE TODOS LOS HIJOS DE DIOS

«Tú eres la Madre de Cristo,
QUE NOS DAS
la Vida de la TRINIDAD»

ÍNDICE

Prefacio.....	6
El Evangelio del Padre.....	7
Dios es nuestro Padre.....	8
Jesús, nuestro hermano mayor.....	11
María es nuestra madre.....	14
La Sagrada Familia.....	17
Nuestra Madre: la Iglesia.....	19
Nuestro título de hijos de Dios.....	22
Nuestros hermanos y nuestras hermanas en Cristo.....	26
Hacia la casa del Padre.....	29
Padre nuestro, que estas en los cielos.....	30
La oración del Rosario.....	38
La plegaria de Jesús por la unidad.....	43

PREFACIO

La esencia del cristianismo:
Dios es nuestro Padre,
nosotros somos sus hijos.

Una vez en posesión de una verdad esencial, central, todo lo demás dimana de su radiante claridad. El dogma de la Paternidad divina, y, correlativamente, el de nuestra propia filiación por la gracia, a semejanza de la filiación eterna del Verbo Encarnado, constituyen en cierto modo los dos polos del cristianismo. Todos los otros misterios se relacionan con ellos fácilmente: así el misterio mariano y eclesial, el misterio de nuestra vocación divina y de nuestra fraternidad universal con todos los ángeles y todos los hombres, el sentido de nuestro destino eterno, por el que nos sentimos atraídos a la Casa del Padre, donde volveremos a encontrarlos todos en una beatitud sin fin, como miembros de la misma familia de DIOS.

¿No. es natural, pues, que la plegaria común a todos los cristianos sea el «Padrenuestro», mero eco, adaptado a nuestra flaqueza, de la sublime oración de Jesús por la unidad de la Iglesia?

Tal es la idea madre que anima estas páginas, verdad básica, quinta esencia del Evangelio: Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos.

FÁTIMA (Portugal)
En la festividad de la Sagrada Familia
10 de enero de 1960.

EL EVANGELIO DEL PADRE

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios del Evangelio, nuestro Dios, no es un Dios solitario. Es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Constituye una familia: la Familia de la Trinidad, en la cual nos introduce la gracia, en calidad de hijos adoptivos, llamados a vivir en la misma Luz del Verbo, como el Padre, y en el mismo Amor Eterno «en comunión con el Padre y el Hijo» (Jn 1, 3). Dios es nuestro Padre, nosotros somos sus hijos: tal es el mensaje fundamental revelado al mundo, la esencia misma del Cristianismo. Todo el Evangelio se refiere a ello. «Tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito, para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga la Vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo» (Jn 3, 16-17). Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios; el Hijo se encarnó para convertirnos en otros hijos de Dios. Todos los hombres, de todas las razas y de todos los siglos, se reunirán un día con la ingente multitud de los Ángeles, para formar parte de la Familia de la Trinidad.

DIOS ES NUESTRO PADRE

Si tuviéramos que designar con un solo vocablo todo el movimiento de la Revelación divina y todo el plan de la salvación, deberíamos enunciar la palabra «Padre». Esa palabra clave polariza el misterio entero de Dios dentro y fuera de la Trinidad.

«Nadie es tan Padre como Dios», *«Tam Pater nemo»*, decía Tertuliano. Todo el misterio de la Trinidad se origina de esa Paternidad eterna. Dios tiene un Hijo que procede de Él como su Pensamiento eterno, «Dios verdadero», el único Dios verdadero, «engendrado» por Dios, «Luz de Luz», poseedor de la misma substancia que el Padre, en una igualdad absoluta, y, a su vez, con el Padre, Principio Espirador de un Espíritu que les es común y emana del Uno y del Otro cual de una Fuente Única, igual a Ellos en Divinidad, pues las Tres Personas Divinas se consuman en la Unidad de la indivisible Trinidad.

Dios es Padre. Dios es nuestro Padre. Dios es mi Padre. Este misterio de la Paternidad divina, que nos parece tan lejano e inaccesible, es el que nos atañe más de cerca. Nuestro destino personal depende de él. Si tengo a Dios por Padre, debo pasar por la tierra digno de mi vocación divina de hijo de Dios, ajeno a este mundo efímero y caminando hacia la «Casa del Padre» con un alma henchida ya de eternidad.

Existe en Dios una doble Paternidad: una por naturaleza, otra por gracia.

Dios es Padre porque engendra eternamente un Hijo de su propia Naturaleza, «Imagen de su Substancia y Esplendor de su Gloria» (Heb 1, 3), a Quien se lo da todo: el Ser, la condición de Hijo suyo, la de ser Dios como Él, revestido de la infinitud de perfecciones divinas. «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.» (Jn 1, 1). Esta

generación eterna es inefable. El Prólogo del Evangelio de San Juan nos da a entender que esa generación divina se efectúa por vía intelectual, puesto que se trata de un «Logos», de un Verbo, de un Pensamiento, de una Palabra interior que expresa adecuadamente, de un modo rotundo, todo el misterio de Dios y el universo.

Por sí solo, el Padre es el Principio de esta generación del Verbo. El Espíritu Santo no interviene para nada. Es Él, por el contrario, el que procede del Padre y del Hijo por vía de Amor. Brota de la amistad eterna que une al Padre y al Hijo en una bienandanza infinita. El Padre es Fuente de Divinidad para el Verbo y para el Espíritu Santo. Les da a ambos la existencia, mas no de la nada, como a nosotros, sino por emanación de su Naturaleza divina, de su propia Substancia, en la identidad más absoluta. «Mi Padre y Yo somos Uno» (Jn 10, 30), decía Jesús. Las Tres Personas divinas equivalen a Un solo y mismo Dios. Esta Paternidad por naturaleza está, pues, reservada a la Primera Persona divina. Según la bella fórmula de San Juan, el Verbo Eterno, encamado entre nosotros, es el «Hijo Unigénito del Padre» (Jn 1, 14).

En cambio, la Paternidad que nos dispensa la gracia es común a toda la Trinidad. No es el Padre solo el que nos engendra a la Vida divina, de su propia Naturaleza increada, sino Todo el Poder creador de Dios, que nos hace emerger de la nada y se inclina a nosotros para divinizarlos, mediante una verdadera participación en la Esencia divina tal como ésta subsiste en el seno de la Trinidad. Pasamos a ser «partícipes de la Naturaleza divina» (2 Ped 1, 4), «adquirimos auténtico linaje divino» (Hech 17, 28-29), por la acción personal de toda la Trinidad. Cabe, pues, considerar al Padre como Autor y Fuente de esta gracia de adopción, al Hijo como su Modelo, y al Espíritu Santo como el Artista divinizados. De hecho, es toda la Trinidad la que nos adopta. «Al llegar la plenitud de los tiempos —nos dice San Pablo—, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para redimirnos y conferirnos la adopción filial. Y, porque somos sus hijos, Dios Padre envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita en nosotros; ¡Abba, Padre!» (Gal 4, 4-6) En este texto del Apóstol resplandece el sentido trinitario de nuestra adopción divina. Desde el bautismo hasta la visión, estamos bajo la protección del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Para poner de manifiesto esta verdad, pletórica de consecuencias para el sentido trinitario de nuestra vida espiritual, la teología católica utiliza una fórmula que, a primera vista, sorprende y extraña, aun cuando es la más tradicional. Dicha fórmula fue expresada explícitamente en el siglo XIII por San Alberto Magno y San Buenaventura, y condensada por el

genio didáctico de Santo Tomás de Aquino, en una frase lapidaria: «Somos llamados, por la gracia, hijos de la Trinidad.» «*Nos dicimur per gratiam filii Trinitatis.*»¹ Ahí está, precisamente —insiste en la SUMA Teológica el Doctor común de la Iglesia— la irreductible diferencia que distingue la filiación eterna de Jesús de nuestra filiación por la gracia. «Cristo no es, como nosotros, Hijo de toda la Trinidad.» «*Christus non est Filius totius Trinitatis, sicut nos.*»² Él es el Hijo Unigénito del Padre; nosotros somos los hijos adoptivos de toda la Trinidad. Tal es la doble Paternidad divina.

¹ III Sentencias, Dist. 4, cuestión 1, art 2, sol. 1.

² Suma Teológica, III, 23, 2 ad 2.

JESÚS, NUESTRO HERMANO MAYOR

Un nexo muy profundo une al Hijo Unigénito del Padre con los hijos adoptivos. Cristo es nuestro Hermano Mayor, el «Primogénito de una multitud de hermanos» (Rom 8,29), nos dice San Pablo. Dios Padre envió a su propio Hijo para salvamos, confiándole nuestra redención. «A Él no le perdonó» (Rom 8, 32); ¿mas cómo no ha de perdonarnos a nosotros en Él y «darnos todas las cosas» (Rom 8, 32)? Le constituyó «Jefe» supremo «de la Iglesia» (Ef 1, 22), y en Él nos contempla, puesto que formamos Uno solo con Él. Dios Padre

jamás nos separa de su Hijo. «En Él nos predestinó a convertirnos en hijos adoptivos suyos» (Ef 1,5), contemplando en su Hijo muy amado el Dechado, la Fuente y la medida de nuestra santidad. Nos llamó a ser «conformes con la imagen de su Hijo Unigénito» (Rom 8, 29).

Jesús aceptó con amor el mandato de su Padre. Desde su advenimiento a este mundo, dijo: «Heme aquí que vengo para cumplir Tu Voluntad» (Hebr 10, 7-8) y salvar a mis hermanos. Por eso apareció «en todo semejante a sus hermanos» (Hebr 2, 17), inmolándose por ellos. «No se avergonzó de llamarnos hermanos» (Hebr 2, 11) y, para llevar a la gloria a gran número de hijos de Dios, ofreció a su Padre la vida por nosotros.

El Calvario constituye el punto culminante de su obra redentora. Su sacrificio salvó el mundo. Reparó todas nuestras ofensas, expió todos nuestros pecados, nos mereció la gloria y las gracias que nos enderezan a ella, e inauguró con su oblación voluntaria y su inmolación cruenta, el único sacrificio de su Iglesia, perpetuado en substancia, bajo forma sacramental, a fin de asociar a él todas las generaciones.

Nadie ha trabajado como Cristo en el bienestar de toda la humanidad. Él forjó en la cruz nuestro destino. En ella Dios se convirtió en nuestro Padre y en ella se operó para siempre nuestra reconciliación con Él. Las pri-

meras palabras de Cristo resucitado refieren a esta filiación divina todos los frutos de la Redención. «Voy a mi Padre, que es vuestro Padre.» (Jn 20, 17) Una vez cumplida la misión principal de Jesús en la tierra, sólo restaba aplicar a cada una de nuestras almas los beneficios de su obra de salvación.

•Desde el Cielo, el Hijo Unigénito no cesa de obrar en el gobierno del mundo y en el secreto de nuestras vidas, con objeto de incorporar todos los hombres a su Cuerpo Místico y de hacerles vivir con Él y en Él para la gloria del Padre.» Él es el encargado de «congregar a todos los hijos de Dios, dispersos» (Jn 11, 52) por el pecado. Pasada ya la hora del mérito y la expiación, se mantiene ante la Faz del Padre, «a fin de interceder constantemente en nuestro favor» (Hebr 7, 25).

En este momento que escribo, Él ruega por mí, intercede por mí y por todos mis hermanos, los hombres, ocupados en sus respectivos *cometidos*. Obtiene de su Padre, que es nuestro Padre, con su súplica incesante, todas las gracias que necesitamos cada uno de nosotros. Podemos estar tranquilos; Él vela por su Iglesia noche y día, de modo que los poderes del infierno jamás prevalecerán contra ella. Estamos seguros de la victoria de Dios. Unos tras otros, todos sus enemigos desaparecerán. «Cristo era ayer, es hoy y permanecerá eternamente.» (Hebr 13, 8) En el ocaso de los tiempos, recibirá su Reino. Entonces lo entregará a su Padre y cantará con todos sus hermanos el triunfo de Dios.

•Cristo no cesa de actuar en nuestra más recóndita intimidad. «Sin Mí, nada podéis hacer.» (Jn 15, 5.) No podemos mover el dedo meñique sin el permiso y la ayuda de Dios. No hay un solo acto humano que, en el orden de la Providencia, no proceda de Cristo. En el terreno del bien, nuestras menores acciones proceden de Él más aún que de nosotros, bajo su influjo actual³. El Hijo Unigénito del Padre anima con sus propios

³ Además de la cuestión clásica sobre la gracia capital de Cristo (III 8, art. 6), hallamos la misma doctrina en los comentarios de Santo Tomás sobre la Sagrada Escritura. Por ejemplo, sobre la Epístola a los Colosenses 2,19, lección 4. He aquí el texto más fuerte: “*A Capite Christo in membris, ut augmententur spiritualiter, influitur virtus actualiter operandi. Unde dicit “secundum mensuram uniuscuiusque membri” augmentum corporis facit; quasi dicat: non solum a Capite nostro Christo est membrorum Ecclesiae compactio per fidem nec sola connexio vel collegatio per mutuam subministrationem caritatis, sed certe ab Ipso est actualis membrorum operatio sive ad opus motio, secundum mensuram et competentiam cuiuslibet membri.*” Este extraordinario texto deja bien sentado hasta qué punto toda la actividad eclesial y toda nuestra vida personal está influida por Cristo Jesús. Él interviene personalmente en todos los actos individuales o sociales de su Iglesia (Ef 4, 16. Lección 5).

sentimientos a toda la Familia de Dios. Nuestro Hermano Mayor está siempre presente, a nuestro lado, para ayudarnos y salvarnos. Deberíamos tener en cada uno de nuestros actos la misma actitud de alma que Cristo, quien los ve, los inspira, los dirige y nos permite ejecutarlos: No en balde Él es el instrumento universal de comunicación de todas las gracias que, a cada instante, descienden del Padre y de la Trinidad entera sobre cada uno de los hijos adoptivos. San Pablo, consciente de esta verdad fundamental, escribió: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí.» (Gal 2, 20)

MARÍA ES NUESTRA MADRE

Si Dios es nuestro Padre, María es nuestra Madre. Ese es su puesto específico, su papel esencial en la Familia de Dios. Cuando por vez primera nos revela Dios en el Génesis (3, 15) el misterio de María, nos la presenta como Madre. En el duelo a muerte entablado contra Satán, Ella no está sola, sino con todo «su linaje», toda su posteridad. Es una madre que lucha en unión de todos sus hijos.

A través de los textos de la Biblia, María recibe el nombre de madre: Isaías la llama Madre del Emmmanuel (Is 7, 14); Miqueas, «la que alumbra» (Miq 5, 2); en tiempos de la Anunciación se la denomina Madre de Dios; al pie de la Cruz, Madre nuestra; y en el Apocalipsis aparece como una mujer que da a luz con dolor a toda la Iglesia de Cristo (Apoc 12). Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, nos es presentada como Madre, Nueva Eva asociada al nuevo Adán, «una ayuda semejante a Él», pues el principio de asociación, tan caro a la mariología moderna, se halla también inscrito, al igual que la maternidad divina, en el corazón de las Escrituras; e instaura su maternidad espiritual sobre todos los hijos de Dios. En consecuencia, todo el misterio de María reviste un carácter esencialmente maternal. Ella es «toda madre», «*tota mater*».

Toda maternidad implica tres funciones: concebir, dar a luz y educar. Las tres se manifiestan, analógicamente, en la maternidad espiritual de María. Ella nos concibió con el *Fiat* de la Encarnación, nos alumbró al pie de la cruz, y concluye desde el Cielo, por medio de su plegaria y su acción plenamente maternal, la tarea de «formar a Cristo» en nosotros.

El misterio fundamental es la Anunciación. En él se fraguó el destino del mundo. Si María se hubiese negado a pronunciar el *Fiat*, no tendríamos a Cristo, ni seríamos hijos de Dios. Esta página del Evangelio debe absorber toda nuestra atención. El Ángel es el mensajero de la Trinidad.

Dios Padre lo envió por amor a preguntar a una virgen de nuestro linaje si quería acceder a ser la Madre del Hijo eterno y, en Él, la Madre de todos los hombres. Es menester considerar esta escena familiar con todos los horizontes de la historia humana, desde Adán hasta la consumación de los siglos, a guisa de fondo y de marco invisible. Si *Fiat* de María estaba destinado a tener una resonancia universal. El Arcángel Gabriel puso gran cuidado en explicar a la Virgen de Nazaret la significación y el alcance de su mensaje. Se trataba de una Maternidad mesiánica, virginal, divina y, por añadidura, espiritual, ya que el «Reino» de su Hijo había de extenderse a todas las naciones y «no tendría fin». La Virgen del *Magnificat* entrevió «todas las generaciones proclamándola bienaventurada». La Virgen de la Encarnación, por la pura fe —mas una fe iluminada por los dones del Espíritu Santo y acompañada de los carismas proféticos, necesarios para la comprensión de su misión providencial—, comprendió perfectamente el sentido de su doble maternidad, divina y espiritual. No podía ignorar el misterio que se realizaba en Ella⁴, pues Dios le había enviado un ángel adrede para instruirla y obtener su consentimiento, con plena conciencia de sus responsabilidades. «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el Hijo que *nacerá* de ti será Santo y recibirá el nombre de Hijo de Dios, porque nada hay imposible para Dios.»

La Virgen se inclinó ante la voluntad divina: «He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». El ángel se retiró, y María se convirtió en Madre de Dios.

Incalculables han sido las consecuencias que para todos los pueblos y para nuestra vida personal ha tenido este magno acontecimiento de la historia del mundo. Ningún hecho, ni siquiera nuestra redención en el Gólgota, que es uno de sus efectos, igualará jamás el trascendental valor de la Encarnación del Verbo sobre todos los demás misterios cristianos. Según la enseñanza de S. Pío X en su Encíclica «*Ad diem Illum*» del 2 de febrero de 1904, fue en el momento de la Encarnación del Verbo cuando la Virgen de Nazaret pasó a ser, simultáneamente, por su «*Fiat*», la Madre del Cristo total. Habría sido monstruoso que hubiese concebido la Cabeza sin los miembros. Su maternidad espiritual debe ser contemplada en el esplendor de su maternidad divina, puesto que participa de su infinita grandeza. Nuestra propia dignidad de hijos adoptivos se beneficia de esa unión indisoluble con el Hijo Unigénito del Padre en la unidad de una misma persona que abarca todo el Cuerpo místico de Cristo. La maternidad divina

⁴ «*Non decuit eam ignorare quod in ea fiebat*» (III Sent. D.3, q.3, a.1, qa.2 Sol. I).

de María resplandece sobre su maternidad espiritual, en el fulgor de una misma e indivisible unidad.

•Pero, así como el alumbramiento del Primogénito se operó en la alegría, el de los hombres le costó treinta años de sufrimiento común con el Salvador y la llevó al pie de la cruz, uniendo a la inmolación redentora de Cristo la inmensidad de su calvario de madre. Puesto que era Una con Cristo, María reparó todas las ofensas de los hombres, expió todos sus pecados y satisfizo todos los castigos. Mereció, como Corredentora, todas las gracias y toda la Gloria de los elegidos. Y obtuvo con su plegaria el perdón y la felicidad de todos.

He aquí el motivo por el cual María se convirtió en el refugio de los pecadores y en la reina de todos los Santos. El que es la misma Verdad eligió la hora solemne de su muerte en la cruz para proclamar la maternidad universal de María sobre todos los redimidos: «He ahí a vuestra Madre.» E nos invitó a acercarnos a su Madre, convertida en nuestra Madre, con corazón de niño: «Mujer, he ahí a tu Hijo.» En el Calvario, la Madre de Dios mereció el título de Madre de los hombres. Ella espera de nosotros que, libremente, como el Apóstol San Juan, la elijamos por Madre.

Ahora, en el Cielo, María vela por nosotros, más Madre que nunca. Nos ve en plena claridad beatífica, en el Verbo, nos ama, intercede por nosotros ante su Hijo, Medianera frente al Mediador, y, por Él, con Él, y en Él Medianera nuestra frente al Padre y toda la Trinidad. Ante el trono de la Adorable Trinidad, María es la Omnipotencia suplicante que obtiene todas las gracias que necesita la Iglesia militante. Consciente de ello, la Iglesia no cesa de decirle: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.» El vocablo «ahora» indica su mediación siempre actual; y «en la hora» en que la muerte venga a eternizarme en el Amor, cara a Dios, Ella será para mí «la Puerta del Cielo» y me introducirá en el seno de la Trinidad.

Con su Hijo, María sigue siendo la Medianera de todos los bienes que descienden de la Trinidad hacia nosotros. «Nadie puede tener a Dios por Padre, si no tiene a María por Madre.»•

LA SAGRADA FAMILIA

La Sagrada Familia de Nazaret aparece como un reflejo de la Familia de la Trinidad. Dios Padre encomendó a San José la tutela paternal de su Hijo muy amado. La propia Virgen nos lo advierte cuando, dirigiéndose a Jesús hallado entre los doctores de la ley, le dice: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira que tu padre y yo andábamos buscándote, angustiados.» (Lc 2, 48)

Toda la grandeza del «justo» José proviene de esa misión de paternidad sobre el Verbo Encamado. Más afortunado que todos los patriarcas y todos los profetas, José vio al Mesías, lo nutrió con el fruto de su trabajo, veló por Él y, sobre todo, vivió en su intimidad. Por eso nadie ha penetrado como él en los secretos del Verbo y la Trinidad; nadie se ha acercado tanto a la supereminente dignidad de la Madre de Dios, su esposa. Por consiguiente, su santidad personal le sitúa muy por encima de todos los ángeles y todos los santos⁵. Su papel paternal, en el seno de la Sagrada Familia, se extiende ahora a un patrocinio universal sobre todo el cuerpo místico de Cristo. Los ángeles y los santos le están sometidos, como en otro tiempo el Niño Jesús, para servir a la Iglesia y trabajar así por la gloria del Padre.

María está muy cerca de él, humilde y modesta, la más pura entre las vírgenes, la más madre entre las madres, de una santidad sin éxtasis y sin llamativo esplendor. La Virgen pasó por la tierra como una mujer sin importancia.

⁵ “*Certe Matris Dei tam in excelso dignitas est, ut nihil fieri maius queat. Sed tamen quia intercessit Iosepho curn Virgine beatissima maritale vinculum, ad illam praestantissimam dignitatem, qua naturis creatis omnibus longissime Deipara antecellit, non est dubium quin accesserit ipse ut nemo magis.*” (Encíclica de León XIII, “*Quamquam pluries*”, 15 de agosto, 1899).

Mas lo que constituye la riqueza sin par de la Sagrada Familia es la presencia en ella del Hijo Unigénito del Padre, convertido por la Encarnación en «el Primogénito de una multitud de hermanos», enseñándonos con su labor cotidiana que la grandeza de una existencia humana no se mide por la sublimidad de sus acciones ni por su brillo exterior, sino por la intensidad del amor, que le alcanza su verdadero valor ante Dios)

Incomparable ejemplo en el que todas las familias de la tierra pueden aprender a realizar la vida más divina bajo las apariencias más humanas.

La familia es la célula básica de la sociedad humana y del cuerpo místico de Cristo. La fuerza y la grandeza de un pueblo se miden por la solidez de sus instituciones familiares.

Sabedora de ello, la Iglesia le concede una extrema importancia. Porque, efectivamente, en la familia cristiana se prepara la Ciudad de Dios.

NUESTRA MADRE: LA IGLESIA

También la Iglesia es nuestra Madre, generadora en nosotros de vida divina. Asume, asimismo, un papel en la economía de la salvación, no en el primer período de adquisición de gracias redentoras, sino en la segunda fase de distribución y aplicación a nuestras almas de todos los beneficios que constituyen el inagotable tesoro de los méritos del Hijo y de su Madre.

Ellos solos, en efecto, llevaron a cabo el rescate de la humanidad y su reconciliación con Dios, Cristo en calidad de Cabeza y como «Mediador Único» (1 Tim 2, 5), «con acceso al Padre por Sí mismo» (Ef 2, 18), y María en calidad de Madre, asociada al Único Redentor, Corredentora con Él, cual una nueva Eva junto al nuevo Adán, colaborando con Él en todos los planes, a saber: la reparación de nuestras ofensas a la Bondad infinita de Dios, la expiación de nuestros pecados, la satisfacción de todos los castigos debidos a nuestras faltas, y finalmente la oración y el sacrificio. Su acción conjunta ha originado el nacimiento de la Iglesia. Evidentemente, en esta primera fase la Iglesia no ha hecho nada por sí misma, puesto que sólo existe en dependencia de los méritos de Cristo y María.

No obstante, Dios ha querido asociar al hombre a la obra de su propia salvación. Y ha dado a la Iglesia la potestad de trabajar, a su vez, en subordinación total con el Redentor y la Corredentora, en la santificación de los elegidos. Le ha otorgado el poder de comunicar a las almas la vida divina. Fiel a su cometido y bajo el influjo siempre actual de Cristo, que continúa siendo su Jefe supremo, la Iglesia, por su magisterio, engendra en los espíritus la verdad divina, y, por medio de sus sacerdotes, inyecta en la profundidad de las almas las gracias de adopción divina. En las fuentes bautismales la Iglesia alumbró a los hijos de Dios. Por su gobierno espiritual, los guía y custodia en los pastos de la vida. Ella «forma a Cristo» en

las almas, en los hogares, en las instituciones. Bajo mil formas diversas, según las épocas y los lugares, infunde en las almas la vida de la Trinidad.

La jerarquía desempeña un papel principal e irremplazable. Sacerdotes, obispos y papas representan a Cristo ante los fieles. Continúan junto a ellos la misión de Cristo Sacerdote, Doctor y Rey, con la constante asistencia del Espíritu Santo, y en la Presencia personal, de Cristo, Cabeza suprema invisible de su Iglesia. Él es, en todos los aspectos, el Agente principal. A través de sus ministros y sus representantes visibles, buenos o malos, Pedros o Judas, es siempre Cristo el que bautiza, absuelve, desposa a sus fieles, se da en alimento, consagra a sus sacerdotes, a sus pontífices, a sus vírgenes, comunica directamente al Papa todos sus poderes. Por último, cuando sobreviene la noche, se inclina sobre el cristiano moribundo, a fin de purificarle, con una postrera unción, de todos los residuos de una vida de pecado e introducirle en la casa del Padre.

Durante demasiado tiempo se ha venido considerando a la Iglesia bajo su aspecto jurídico y externo. La Contrarreforma nos legó una definición de la Iglesia que es cierta, esencial y valedora hasta la consumación de los siglos, pero que, por espacio de cuatrocientos años, en todos los idiomas y en todos los dialectos, ha mantenido la creencia de los fieles en este misterio de la Iglesia, presentada como una sociedad visible, profesando la misma fe, partícipe de los mismos sacramentos, sometida a las mismas autoridades legítimas: los obispos y el Papa. Una vez más, también todo eso es cierto y debe ser firmemente sustentado. Mas esta concepción apologética, como réplica a la herejía protestante que negaba la visibilidad de la Iglesia, la unidad de la fe y los sacramentos, el carácter jerárquico y monárquico del gobierno de la Iglesia, pasa por alto lo principal: la vida mística del Cristo total, la acción invisible del Verbo y del Amor, y el esfuerzo colectivo de todos los fieles unidos a la jerarquía en una misma docilidad al soplo del Espíritu del Padre.

Después del Concilio Vaticano I y los últimos Papas, en particular después de la magistral encíclica de Pío XII, *«Mystici Corporis»*, del 29 de junio de 1943, el propio magisterio nos ha iniciado de nuevo en la concepción primitiva y paulina —la más rica y sintética— de la Iglesia, según la cual ésta es el cuerpo místico de Cristo, sostenida en todos sus miembros por la Persona misma del Verbo y formando una sola entidad con Él.

•La Iglesia es Cristo, mas no sólo la cabeza o los miembros separados de su Cabeza, sino el Cristo total; y el Alma de este cuerpo místico, el

Espíritu que lo anima, es el propio Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y del Hijo, operando la unidad de todos, de un modo superior a todas las formas físicas o morales de unidad, ya que el Espíritu Santo habita en cada uno de nosotros más íntimamente que nuestra propia alma/ La cabeza de la Iglesia está en el cielo, en el interior de la Trinidad, formando una sola entidad con el Padre y con el Espíritu,• subsistiendo eternamente por su naturaleza divina «en el seno del Padre», subsistiendo tras su encarnación en la humanidad de Jesús. Asimismo, la Persona del Verbo subsiste místicamente en toda la Iglesia, desplegándose en el tiempo y en el espacio, conforme a los tres grandes sectores de la Iglesia: triunfante, paciente y militante, y congregando en su unidad a todos los ángeles y santos de la familia de Dios.

El Espíritu Santo tan sólo es el Alma de la Iglesia por apropiación; en realidad, el Alma de la Iglesia es toda la Trinidad, que, tras haberla creado de la nada, la vivifica, la ilumina con la claridad del Verbo, la inspira y la dirige al soplo del Amor Eterno, la habita, la sostiene con todo su Poder en el curso de sus combates de Iglesia militante. Es, en definitiva, su Causa eficiente, ejemplar y final. En la Iglesia todo se hace «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» La Iglesia es la casa del Padre, donde se reúnen todos los hijos de Dios. *La Iglesia es el Cristo total animado por la Trinidad.* Más aún: vista desde lo alto, a la luz de Dios, la Iglesia es el Padre enviando a su Hijo para reunir a todos los hombres en un mismo Espíritu de Amor. *La Iglesia: es la Trinidad, Alma del Cristo total.*

NUESTRO TÍTULO DE HIJOS DE DIOS

Por el bautismo nos convertimos en hijos de Dios, de María y de la Iglesia, y en hermanos de Cristo y de todos los hombres, para vivir en sociedad con ellos y con todos los ángeles en la Familia de la Trinidad.

Nunca se insistirá bastante en la importancia que reviste nuestro bautismo, tan revelador a un tiempo de la misión divina de la Iglesia y de nuestra vocación trinitaria. La Iglesia no toma posesión de las almas sino en nombre de la Trinidad, para llevarlas al Padre, por el Hijo, bajo la moción del Espíritu Santo. Y nosotros mismos pasamos por la tierra, de la Trinidad del bautismo a la Trinidad de la gloria, bajo el signo de la cruz, es decir, a través de todas las crucifixiones de la vida, las cuales nos configuran progresivamente con la imagen del Hijo Unigénito.

Es menester leer en San Pablo los bellos pasajes consagrados a la descripción de los maravillosos efectos del bautismo por nuestra incorporación a Cristo. «Cuanto hemos sido bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados para participar en su muerte y ser sepultados con Él, para que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque, si hemos pasado a formar un solo ser con Cristo por una muerte semejante a la suya, también seremos uno solo con Él por una misma resurrección. Si hemos muerto con Cristo, también viviremos con Él; pues Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere, puesto que la muerte ya no tiene dominio sobre Él. Su muerte fue una muerte al pecado, de una vez para siempre, y su vida está en Dios. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, mas vivos para Dios en Cristo Jesús.» (Rom 6, 3-11). La gracia fundamental de esta incorporación a Cristo por el bautismo es nuestra filiación divina. «En efecto, cuantos son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios. Vosotros habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para testimoniar

que somos hijos de Dios. Y puesto que somos hijos, también somos herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo. Si sufrimos con Él, con Él seremos glorificados» (Rom 8, 14-17). Destinados a la misma gloria de Cristo, debemos vivir animados por el mismo Espíritu. Es el Espíritu de Jesús el que mora en nosotros y nos inspira en cada instante el modo de conducimos como verdaderos hijos de Dios, a través de todas las circunstancias de nuestra vida. El Espíritu del Padre y del Hijo viene a nosotros sobre todo en la hora de la oración, cuando el alma cristiana, remontándose sobre este mundo visible, se eleva hacia el Eterno para contemplarle sólo a Él, adorarle, glorificarle e impetrarle sus gracias. «El Espíritu Santo acude en ayuda de nuestra flaqueza.» Nosotros sólo sabemos balbucear en presencia de Dios, «pero el mismo Espíritu Santo intercede por nosotros con gemidos inefables. El que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, porque su intercesión por los santos corresponde a las miras de Dios». La Providencia paternal de Dios protege a sus hijos. Incluso el mal «contribuye al mayor bien de aquellos a quienes Él llama, según sus designios». Su plan de amor se realiza en ellos infaliblemente, «porque a los que discernió de antemano, a éstos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo Unigénito, para que éste fuera el Primogénito de una multitud de hermanos» (Rom 8, *passim*).

El bautismo es un simple punto de partida. La gracia de la filiación divina transmitida «por el agua y el Espíritu» (Jn 3, 5) está destinada a desarrollarse con la recepción de los otros sacramentos y la práctica de todas las virtudes.

La confirmación nos alcanza una gracia de filiación perfecta, a semejanza de la «plenitud de gracia y de verdad» (Jn 1, 14) del Hijo Unigénito del Padre. La liturgia de la Iglesia, en el Prefacio de Pentecostés, exalta, como primer resultado del retorno de Cristo glorioso a la diestra del Padre, «el envío del Espíritu Santo a todos los hijos adoptivos». En esta misma línea de una configuración cada vez más perfecta con el Hijo Unigénito va a florecer en nosotros la gracia de los demás sacramentos, perfeccionando la del bautismo. A través de la variedad de los ritos sacramentales, de la práctica de las virtudes y de la actividad de los dones del Espíritu Santo, se produce la transformación progresiva de las almas cristianas a semejanza de la filiación eterna del Verbo. Todo nuevo grado de santidad verifica una identificación más profunda con el Hijo de Dios.

La Eucaristía es el sacramento por excelencia de nuestra filiación divina, pues reúne en tomo a un mismo Cristo a todos los hijos de adopción.¹ Opera la transformación del hombre en Cristo por amor, bajo la

acción personal del Espíritu del Padre y del Hijo. La comunión eucarística se consuma en la unión a la Trinidad. Todo el papel del Espíritu Santo consiste en configurarnos con Cristo y en hacernos cada vez más dóciles a la voluntad del Padre, a ejemplo de Jesús. La Eucaristía es el don supremo del Padre a su Iglesia militante. «En verdad, en verdad os digo que no es Moisés, sino mi Padre el que os da el verdadero Pan del cielo, el Pan de Dios, que descendió de lo alto y da la vida al mundo.» (Jn 6, 32-33) «Yo soy el Pan de vida. El que viene a mí, ya no tendrá más hambre. El que cree en mí, jamás tendrá sed.» (Jn 6, 35) ¿Y qué decir de aquel que, por la fe y el amor, se acerca sacramentalmente a ese Hijo Unigénito? Participará con abundancia de todas las gracias de filiación divina que posee Cristo en un grado infinito de perfección. «Así como yo vivo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí» (Jn 6, 57), y trabajaremos juntos para la gloria del Padre.

Si el pecado mortal destruye en el hijo de Dios la amistad de su Padre celestial, otro sacramento tiene por misión restituir al hijo pródigo a la casa paterna, reintegrarle a su puesto en la mesa familiar y devolverle la parte que le corresponde en herencia.

El matrimonio multiplica los hijos de Dios y los acoge en un hogar cristiano donde puedan crecer en un ambiente digno de su vocación divina y prepararse a trabajar con sus hermanos y hermanas en Cristo en la extensión del reino de Dios.

¡Felices los privilegiados a quienes una llamada de Cristo ha elevado a la sublime dignidad del sacerdocio para mantener en la tierra la Presencia real de Cristo y continuar con Él, en medio de los hombres, su tarea de doctor, sacerdote y rey! Por encima de los simples líeles, los sacerdotes, y más aún los obispos, revestidos de la plenitud del sacerdocio, están llamados a asemejarse de una manera más perfecta al propio Hijo de Dios. El sacerdote es «otro Cristo» que pasa entre los hombres, con la única preocupación de la gloria del Padre y de la redención del mundo, como una transparencia de Dios. Mas ¡qué tremenda responsabilidad! Toda vez que el sacerdote es «otro Cristo» por sus poderes, es preciso que lo sea, asimismo, por su alma, dejándose imprimir en él, en cada uno de sus actos, los hechos y los gestos de un continuador de Cristo. Debiera caminar por la tierra como el más pobre de los pobres, sin el menor apego al dinero, más puro que una virgen, consagrado a la misión de tocar cada mañana la «Hostia pura, santa e inmaculada» que contiene a Cristo, e irradiando verdad, caridad, modestia y fortaleza, a imitación de los santos apóstoles, de los doctores y de los mártires. Es el padre de las almas, y, en el grado

supremo del sacerdocio, en la persona del Soberano Pontífice, la imagen viva, en la Iglesia, de la Paternidad de Dios.

•Todos pasamos por este mundo sujetos a la flaqueza y a la enfermedad, avanzando cada día a un paso más lento, abrumados por los años y las preocupaciones. No obstante, «somos ya hijos de Dios» (1 Jn 3, 2), «el germen de la Divinidad» (1 Jn 3, 9) alienta en nosotros desde nuestro bautismo, y sabemos que nuestra semejanza con Dios, nuestro Padre, se manifestará el día en que le veamos «tal cual es» (1 Jn 3, 2), cuando, transformados en la efigie de Cristo glorioso y a la vista del Dios Trinitario y del universo en la luz del Verbo, nos revista de la gloria de hijos de Dios, a imagen del Hijo, participando del mismo esplendor.» En el crepúsculo de nuestra vida, tras una suprema unción, el Cristo de nuestro bautismo nos introducirá para siempre en la casa del Padre.

NUESTROS HERMANOS Y NUESTRAS HERMANAS EN CRISTO

Nuestro título de hijos de Dios nos impone obligaciones: * debemos vivir en la intimidad de Dios como un hijo con su padre; toda nuestra espiritualidad cristiana lleva el sello de esa filiación.

—Creer: es ver todas las cosas con la mirada del Hijo de Dios.

—Esperar: es tender hacia la posesión de Dios, con la certidumbre de que, aun cuando una madre desamparara a sus hijos, nuestro Padre celestial no nos abandonará jamás. ¿Acaso no nos dio a su propio Hijo por Hermano Mayor para que nos condujese a Él?

—Amar: es querer a Dios, desear su gloria, su reino, su voluntad, y demostrarle ese amor con la fidelidad a todos nuestros deberes de estado, amando a todos nuestros hermanos en Cristo, como a hijos de un mismo Padre. El amor, filial o fraternal, es el sentimiento primordial que debe animar a todos los miembros de la familia de Dios.

Tras recordarnos «con qué ternura ha querido Dios Padre que seamos, no sólo de nombre» y por metáfora, sino «en realidad» y en sentido propio, «hijos suyos» (1 Jn 3, 1), San Juan resume toda la moral cristiana para vivir como hijos de Dios: hay que romper con el pecado y practicar todos los mandamientos del Señor, especialmente el de la caridad. «Tal es el mensaje que desde el principio habéis oído: que nos amemos los unos a los otros y no imitemos a Caín, que, inspirado por el Maligno, degolló a su hermano.» (1 Jn 3, 11) Nada de sentimientos fraticidas. «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida, y ningún homicida tiene en sí la vida eterna. En esto hemos conocido el Amor, en que dio su vida por nosotros; y nosotros debemos dar la nuestra por nuestros hermanos. Si alguno, disfrutando de

las riquezas de este mundo, viere pasar necesidad a su hermano y le cerrase las entrañas, ¿cómo moraría en él el amor de Dios? No amenos sólo de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad.» (1Jn 3, 14-18)

Diciendo esto, San Juan se limitaba a repetir las enseñanzas del Maestro, que había señalado como criterio infalible para distinguir a los verdaderos cristianos, la práctica de la caridad. «En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros.» (Jn 13, 35) «Amaos mutuamente como yo os he amado» (Jn 13, 34), es decir, hasta dar la vida por vuestros hermanos, como yo he dado la mía por vosotros. El mundo entero cambiaría de faz si la caridad de Cristo alentase en todos los hombres. El atraso en la extensión del reino de Dios y los más grandes obstáculos de la Iglesia misionera proceden, en gran parte, de la mediocridad y egoísmo de los cristianos.

Si tuviésemos caridad, según las exigencias de nuestra vocación de hijos de Dios, si fuésemos sinceramente hermanos de todos los hombres, la Iglesia avanzaría en la conquista de las naciones. La caridad, el amor a Dios y a las almas, es el secreto de todo apostolado, así como el de toda santidad. Aunque poseyéramos todos los conocimientos y todas las técnicas más modernas, y dispusiéramos de grandes medios económicos y de genio organizador, nada valdríamos si no alentase en nuestro interior esa llama divina que genera apóstoles y santos. Nuestra ciencia sería estéril y nuestro poder peligroso. Si la caridad no logra asentarse en nosotros y en cuanto nos rodea, el mundo será pronto un lugar inhabitable, perpetuamente dividido y perturbado por guerras fratricidas y revoluciones sangrientas. El odio entre los pueblos siembra discordia y muerte. Los imperialismos, sea cual fuere su forma, conducen a la destrucción. Ha llegado la hora de elegir entre la Caridad de Cristo y la bomba atómica.

Si los hombres tuvieran empeño en vivir el gran mensaje del Evangelio que les invita a la unión para prestarse mutua ayuda como hijos de un mismo Padre, nuestra tierra se convertiría en un paraíso. ¿Que eso es una quimera? Sin duda. La experiencia del egoísmo humano, de las rivalidades entre los pueblos, de las luchas por la hegemonía mundial, nos enseña que no hay que hacerse ilusiones. «La caridad se va enfriando en el mundo» y nuestra civilización moderna se desenvuelve bajo el signo de la apostasía de las naciones y del ateísmo. Mas tenemos en el cielo un Padre Todopoderoso, y de cada uno de nosotros depende trabajar con todas nuestras fuerzas, según el espíritu del Evangelio, para «reunir en la unidad a todos los hijos de Dios dispersos» (Jn 11, 52). Eso no es tarea fácil y los

resultados no serán tan perfectos como desearíamos, mas cada cual debe procurar dar al máximo de sí. Para el resto, Dios proveerá.

Todos los preceptos del Evangelio se compendian en esta caridad para con Dios y para con nuestros hermanos. Amar a Dios como a un Padre y a todos los seres humanos, sin distinción de razas ni color, como a hermanos en Cristo, es el requisito esencial. Si el Apóstol San Pablo volviese entre nosotros, entonaría de nuevo en estilo moderno su incomparable himno a la caridad, que es el alma del cristianismo. Si no tengo caridad en mi corazón, si no amo a todos los hombres, de todos los países, de todas las religiones, de todos los partidos políticos, de todas las clases sociales, como a hermanos en Cristo, aunque posea la ciencia, la riqueza y el poder, nada soy, y nada valgo. Soy un miserable. Aunque asombre al mundo con la audacia de mis empresas y la amplitud de mi acción internacional, si mi poderío no se orienta a la felicidad de mis hermanos, al bienestar de los pobres, a la unidad y a la paz, soy un destructor del mundo, merezco la muerte.

La caridad es buena y misericordiosa. Acude con comprensión a todos los pueblos, incluso a los menos evolucionados, para ayudarles a alcanzar un nivel de vida digno de su vocación de hombres y de hijos de Dios. La caridad fraterna es solícita, discreta, obra el bien sin aire de condescendencia, sin complejos de superioridad, humildemente, con la simplicidad del Evangelio, sin siquiera dejarlo entrever, a la manera del Hijo de Dios, que vivió entre los hombres como uno más de nosotros.

• Tal es lo que la Iglesia de hoy espera de todos los cristianos: el testimonio, heroico si es preciso, de una fraternidad universal y de una perfecta caridad. •

HACIA LA CASA DEL PADRE

Nos aguarda un destino común. También para nosotros llegará «la hora de pasar de este mundo al Padre» (Jn 13, 1). Entonces se acabará la historia de nuestra vida y del universo. Cristo Jesús, nuestro Hermano Mayor, nos precedió para «prepararnos un lugar en la casa del Padre» (Jn 14, 2). «Aquí abajo no tenemos morada permanente» (Hebr 13, 14); nuestra verdadera patria es el cielo. La Trinidad: he aquí el hogar familiar hacia el cual nos dirigimos, en cada uno de nuestros pasos, al encuentro de Dios, nuestro Padre, de su Hijo Jesús y del espíritu de Amor de ambos, para ser, juntamente con todos los hombres, nuestros hermanos, «consumados» en Su «Unidad».

Todos los hombres de la tierra deberían ayudarse mutuamente a encontrar a Dios, cada cual según sus talentos y sus posibilidades de acción, poniendo a la disposición de sus hermanos todo cuanto tiene y todo cuanto es, tachando contra los poderes del mal, dócil a las normas de la Iglesia y al Espíritu del Evangelio, trabajando con ahínco, a ejemplo de los primitivos cristianos, para formar con los demás hombres «un solo corazón y una sola alma» en el Señor. Es de rigor que los ricos ayuden a los pobres; que los más dotados de inteligencia y los más favorecidos por la cultura atiendan a la instrucción y a la educación de los otros; que los hombres de acción esgriman todos los recursos para asegurar a todos, sea cual fuere su medio racial o social, el *mínimum vital* necesario para su vocación de hombres y para su dignidad de hijos de Dios. En vez de contemporizar con todas las formas modernas de opresión y de aniquilamiento de la persona humana, hay que tender a promover el pleno florecimiento de su personalidad de hijo de Dios, destinada a vivir en la intimidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

A través de la historia humana debemos preparar, juntos, la Ciudad de Dios, donde un mismo Padre nos aguarda a todos en el cielo.

PADRE NUESTRO, QUE ESTAS EN LOS CIELOS

Antes de volver al Padre, Jesús nos enseñó una plegaria que se ha convertido en la oración por excelencia de todos los cristianos. Allende todas las fronteras y en todas las lenguas, esa oración une en una súplica común a todos los hijos de Dios, cuyas miradas permanecen fijas en un mismo Padre que vela por los más pequeños de los suyos. No es sólo una plegaria, sino el compendio del Evangelio y de toda la perfección cristiana, el más hermoso programa de vida imaginable. Un alma que viviera el «Padre nuestro» subiría rápidamente a la más encumbrada santidad. ¿No es acaso la plegaria la respiración del alma en Dios?

¡Cuántas almas se atormentan en vano por su vida de oración! Confunden oración y método de oración. Los métodos son necesarios, sobre todo para los principiantes, pero el mejor método para cada cual es el que nos entrega a una docilidad perfecta al soplo del Espíritu Santo. La mejor plegaria es la que nos inspira interiormente el Espíritu del Padre y del Hijo.

Con todo, el mismo Hijo nos enseñó a rezar. Y esa plegaria del Señor es la más perfecta, el modelo de la oración de alabanza y de petición. Proclama primero la gloria de Dios, para expresar luego, humildemente, todas nuestras necesidades. El genio didáctico de Santo Tomás supo descubrir en ella el conjunto de sentimientos que deben informar todos los actos de nuestra vida de intimidad con Dios y, en un orden ideal, el fin y los medios.

- En primer lugar, el *fin supremo* del universo: la glorificación de Dios.
- En dependencia de ese Sublime fin, *nuestro propio fin último*, en el goce eterno de la Trinidad.
- Y para alcanzar ese doble fin, el *medio principal*, el más rápido, el más santificante: la voluntad de Dios.

— Después, todos los otros medios derivados: el auxilio de su gracia, el perdón de nuestros pecados, la ayuda victoriosa de Dios en la hora de la tentación, y, finalmente, la preservación de todo mal.

PADRE NUESTRO...

«Padre», he aquí la palabra clave que ilumina todo el sentido de la oración cristiana. Esta denominación afluyó tan a menudo y con tal acento a los labios de Jesús, que la Iglesia primitiva la conservó en su lengua original aramea: «¡Abba! ¡Padre!» • Ese vocablo, resume por sí solo todo el cristianismo. Dios es nuestro Padre, y debemos acercarnos a Él con un alma de niño. Cuanto más pequeños nos mostremos, tanto más Padre se muestra Dios. •

Pero nosotros no estamos solos. Formamos una familia con todos los hombres, y todo cuanto imploremos para nosotros, según nuestras necesidades, debemos pedirlo para todos los hombres, nuestros hermanos. En la oración no cabe el egoísmo. Un cristiano ruega por todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, atento a los horizontes de la redención, *como* Jesús desde lo alto de la cruz.

Por eso decimos: «Padre *nuestro*», para recalcar que somos conscientes de nuestra solidaridad con todos los hombres. Incluso recogidos en la soledad, al margen de todo contacto humano, rogamos en nombre de todos, y nuestra súplica al Padre alcanza a todas las almas atribuladas, recoge todas sus angustias, todos sus ruegos, sus gritos desesperados, presenta las necesidades no sólo de los seres queridos que nos rodean, sino de todos nuestros hermanos lejanos, con quienes formamos uno solo en Cristo. Mi oración engloba a los negros de África que trabajan en las minas o bajo el ardiente sol; a los amarillos de Asia, a los blancos de Europa y América, a todos mis hermanos esquimales de los hielos polares, a los habitantes de las míseras cabañas indias o de los gigantescos edificios de Nueva York y de Chicago; mi plegaria se eleva suplicante a nuestro Padre celestial por todos los hombres, de todas las esferas y de todos los tiempos. Un alma cristiana es vasta como el mundo y su plegaria abarca todo el universo.

«Cuando decimos a Dios: Padre nuestro —enseña Santo Tomás de Aquino—, nos dirigimos a toda la Trinidad» «*Cum Deo dicimus: Pater Noster, hoc pertinet ad totam Trinitatem*»⁶.

⁶ Santo Tomás de Aquino, *Suma teológica* III, 23,2.

...QUE ESTÁS EN LOS CIELOS

«*Padre nuestro, que estás en los cielos*», Padre, Verbo, Espíritu Santo, en vuestro cielo de gloria, no hay más que Luz, Amor y Alegría.

«¡Oh Padre! ¡Tú encuentras en tu Hijo muy Amado infinitas complacencias!»

«¡Oh Verbo, esplendor del Padre e irradiación de su gloria!»

«¡Oh Espíritu de Amor, que consumes al Padre y al Hijo en una beatitud sin término!»

«¡Oh Bienaventurada e Inmutable Trinidad! *¡O beata Trinitas!*»

«Tú hallas en ti misma una plenitud infinita; las sombras y las vicisitudes de nuestro mundo efímero no turban tu inmutable paz. ¡Honor y gloria a ti por los siglos de los siglos!»

Mas tú habitas también en nuestro interior. Así nos lo dijo el Verbo: «Si alguno me ama y guarda mi palabra, mi Padre y YO le amaremos e iremos a él. Estableceremos en él nuestra morada, y allí, con él, viviremos en el amor.»

«Nuestra alma es un cielo cuando tú habitas en ella. Haz que en este cielo íntimo de mi alma sea todo luminoso, como en un templo transparente de tu propia claridad. Que te sientas feliz en él y que todo cante tu gloria, ¡oh bendita Trinidad!»

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

¡Que todo haga resplandecer la santidad de Dios! Ante Él, Querubines y Serafines, todos los ángeles y todos los santos de la Iglesia triunfante se prosternan en adoración al Eterno.

Empero, nosotros, en la tierra, hemos perdido el sentido de Dios; sin embargo, el sentimiento de tu infinita grandeza es el fundamento de toda religión. Un irrefrenable antropomorfismo nos conduce constantemente a nosotros mismos. Hacemos de nuestro «yo» el centro del universo.

Esta primera petición del «Pater» es liberadora. Nos arranca de nosotros mismos para precipitarnos a la presencia de «El que es». Nos transporta de golpe a la cumbre de toda vida espiritual, esto es, ante Dios, en un rebasamiento infinito de nosotros mismos. Esta actitud es la proclamación silenciosa de la primacía de Dios.

En la vida de Jesús resplandece ese sentimiento primordial de la gloria del Padre. Él fue el glorificador perfecto. «Padre, yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste. He manifestado tu nombre a los hombres» (Jn 17, 4-6). Análogos sentimientos brotaron del alma de la Virgen del *Magnificat*, ansiosa por encima de todo de «glorificar al Señor» que había obrado en ella tan grandes maravillas, y de proclamar «la santidad de su nombre». Animada, a su vez, por el Espíritu del Hijo, la Iglesia no cesa de repetir, día y noche, en su Liturgia: «Gloria al Padre, al Verbo y al Amor, como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos.»

VENGA A NOSOTROS TU REINO

Esta visión contemplativa de la inconmensurable trascendencia de Dios y de su absoluta supremacía, dilata el alma de un modo infinito. Ella quisiera que Dios fuese conocido y amado por todo el universo, que su nombre fuese proclamado Santo en todas las riberas, en todos los idiomas y dialectos de la tierra, que su Evangelio fuese la ley de amor de todas las naciones, que Él inspirase y dirigiese a todos los pueblos y a todas las instituciones.

El alma apostólica se niega a limitar su celo. Quisiera propagar al mundo entero ese fuego de amor que Jesús vino a prender en la tierra. Como Santa Teresa de Lisieux, sueña con la realización simultánea de todas las vocaciones de la Iglesia: ser a un tiempo y por doquier sacerdote, doctor, misionero, mártir, asumir todas las misiones, padecer todos los martirios. Sólo halla apaciguamiento en el amor, porque el amor puede abarcar en sí a todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, «ayudar a los sacerdotes, a los misioneros, a la Iglesia toda», y de esta suerte cooperar a reunir en la unidad a toda la familia de Dios.

HÁGASE TU VOLUNTAD

¿Cómo realizar ese propósito y glorificar a Dios hasta el máximo? Hay un solo medio para ello: aceptar la voluntad de Dios. Esa sencilla palabra: *Fiat*, es el secreto de toda santidad. ¿Por ventura no se trata de la auténtica prueba del amor? No son los que repiten: «Señor, Señor, quienes entrarán en el reino de los cielos, sino los que cumplen la voluntad del Padre.»

La negativa a obedecer lo había malogrado todo. Para reparar los pecados del mundo, fue preciso el *Fiat* de la Virgen y el *Ecce Venio* de Cristo. Desde su advenimiento a este mundo, el Verbo encamado no tuvo otro móvil de sus actos que someterse con amor a la voluntad divina. Tenía por lema: «Yo hago siempre lo que es del agrado de mi Padre» (Jn 8, 29). Es una consigna de heroica santidad. ¿A qué andar con rodeos o engañamos? La santidad no consiste en acumular prácticas devotas, ni en hojear obras místicas, ni en pronunciar palabras edificantes o sublimes, ni en experimentar consolaciones divinas en la vida de oración. La cima de la perfección es identificarse con la voluntad del Padre conducente a la cruz. El Hijo Unigénito no tuvo otro alimento. Enseñándonos a decir «/mí», como Él en Getsemaní, en el Tabor y en el Gólgota, nos mostró el camino más corto hacia la santidad. «Cuando recéis, decid sinceramente: Padre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. *Fiat*».

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA DÁNOSLE HOY

No se puede cumplir la voluntad de Dios sin la ayuda divina. Hay que pedir esa gracia. Por nosotros mismos, nada podemos, puesto que no somos más que nada y pecado. El menor vestigio de bien nos viene de Dios. «Sin mí, nada podéis hacer» (Jn 15, 5).

También los santos eran débiles como nosotros, y a veces acaso más frágiles, pero sabían apoyarse, por medio de la oración, en la fuerza de Dios, y su heroísmo fue la recompensa a su confianza. «Todo lo puedo en aquel que me conforta». Dependemos de Dios en todos los aspectos: en cuerpo y alma, en el presente y en el porvenir. Nuestro ser de nada, está constantemente necesitado del auxilio divino.

El que comprende esa evidencia, recurre en todo momento al apoyo del Salvador.

La oración es una llamada incesante del alma a la Todopoderosa Bondad de nuestro Padre celestial, que nada puede negar a sus hijos, ni el sustento del cuerpo, ni el pan del alma. «El pan nuestro de cada día dánosle hoy». «Sólo para hoy». No queremos pensar más que en el momento presente, pues tenemos confianza en la Providencia Divina, que todo lo sabe y todo lo puede: «En la noche negra, sobre una piedra negra, una hormiga negra: Dios la ve», dice un gracioso proverbio árabe. El Evangelio nos asegura que a cada día le basta su afán. «¿Por qué inquietarse por el porvenir? El que alimenta a las aves del cielo y reviste de es-

plendor a los lirios del campo, ¿cómo va a abandonar a nuestras almas inmortales?». Ignoro lo que me reserva el futuro, pero tengo la absoluta certeza de que mañana Dios se levantará antes que el sol.

PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS

El pecado ocupa un lugar en la historia del mundo y en el secreto de nuestra vida personal. Él es la causa mayor de las revoluciones sangrientas, de las guerras fratricidas, de las peores catástrofes humanas. Desgraciadamente, nuestra civilización moderna ha perdido la noción del pecado, porque el sentido del pecado se mide por nuestro sentido de Dios. Para comprenderlo, hay que contemplar la Cruz en que muere un Dios para expiar nuestros pecados y los de todos los hombres. Los estragos del pecado en las almas son incalculables. En definitiva, el pecado es el único mal, el único obstáculo al Amor.

El pecado mortal es una negación de Dios. Antepone a Él una criatura ocasional, una sonrisa, una voluptuosidad pasajera, una vanidad orgullosa y necia. El pecado venial es un retraso en la ascensión hacia Dios. El que lo comete se entretiene por el camino, en lugar de ir directo a Dios, con la máxima rapidez y diligencia. Los reproches de Cristo a las Iglesias del Apocalipsis nos proporcionan materia de seria reflexión: «Pareces vivo y estás muerto... Dices: Rico soy en virtudes y nada me falta... No adviertes tu tibieza... Si no te conviertes, te vomitaré de mi boca» (Apoc 3, 14-16).

En cambio, el Señor ¿no reconviene a la iglesia de Éfeso, la iglesia de San Pablo y de San Juan?: «Conozco tu conducta, tus obras, tus fatigas, tu constancia. Sé que no puedes tolerar a los perversos, pero tengo algo contra ti: que has dejado enfriar tu antiguo fervor» (Apoc 2, 2-4).

•Ser santo es no rehusar nada al Amor. ¿Quién es el que puede vanagloriarse de vivir sin pecado? Si decimos: nosotros no hemos pecado, nos engañamos. La verdad no está en nosotros.

«Si confesamos humildemente nuestras faltas, Él es lo bastante fiel y justo para perdonarnos y purificarnos. Si decimos: No hemos pecado, hacemos de Él un mentiroso. Mas, si alguno peca, tenemos ante el Padre por abogado a Jesucristo, el Justo, víctima propiciatoria por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero» (1 Jn 1, 8.10; 2, 1-2)

Toda santidad entraña un doble aspecto: separación del mal y unión a Dios. Así nos lo enseña San Pablo en una antítesis que es la base de la es-

piritualidad cristiana: «Estáis muertos al pecado, pero vuestra vida se halla oculta en Dios con Jesucristo» (Rom 6, 11; Col 3, 3). Estos dos términos: «muerte» y «vida» son correlativos, ya que la vida divina se infunde en nosotros en la medida que morimos al pecado y a nuestras tendencias malsanas. Los propios santos no pueden sustraerse del todo al pecado. E incurren en numerosas faltas cotidianas. El rezo ferviente del «Padrenuestro» nos obtiene el perdón de todas nuestras culpas, cometidas por fragilidad. Con una condición: la de saber perdonar a todos aquellos que nos han ofendido. Entonces, podemos estar seguros de obtener perdón y misericordia para nosotros.

NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN, MAS LÍBRANOS DEL MAL

Uno de los medios providenciales más eficaces con que cuentan los santos para adquirir conciencia de su fragilidad personal y cobrar nuevo impulso hacia Dios, es la tentación. Nadie se conoce en tanto no haya sufrido ni haya sido tentado. Como Padre infinitamente bueno y misericordioso, Dios sólo prueba a los santos para acercarlos más a Sí. Nadie es nunca tentado más allá de lo que permiten sus fuerzas. ¡Y qué gracia representa la de sentirse capaz de todas las bajezas! Un mismo hombre es susceptible de entregarse a los extremos, tanto para el bien como para el mal. En cada uno de nosotros hay un infame o un santo. La tentación nos brinda la oportunidad de probar a Dios nuestra fidelidad.

•En el momento de la tentación, el alma, ofuscada, no sabe en qué punto se halla, si ha consentido o no, si la voluntad ha cedido o si, por el contrario, se ha mantenido victoriosa. Es necesario permanecer lúcido y fuerte. Sentir no es consentir. Incluso en las horas de aflicción, la gracia divina nos preserva del pecado. Después de una larga y humillante tentación de impureza, el alma virginal de Santa Catalina de Siena inquirió: «Señor, ¿dónde estabas?». Y la santa oyó esta respuesta: «Estaba en ti y te preservé». Jesús no pidió a su Padre que sacase del mundo a sus apóstoles, sino que «los guardara de todo mal».

Dichoso el hombre que ha sufrido la prueba de la tentación y experimentado su flaqueza y todas sus posibilidades para el mal. La convicción de nuestra nada y de nuestra condición de pecadores suele sernos más provechosa que las luces más sublimes sobre los misterios de la fe. •La humildad predispone a la gracia. Dios se inclina con amor a los

que reconocen su pequeñez. Abate a los soberbios, pero su misericordia acoge a los humildes: «Padre, no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de todo mal».

¿Dónde hallar una oración tan sencilla y tan sublime como el Padrenuestro? Cuando oréis, nos enseñó Jesús, que es Maestro de Maestros, no compliquéis las cosas. No multipliquéis las palabras como hacen los paganos. Decid simplemente: «Padre, tu gloria, tu reino, tu voluntad, tu gracia, tu perdón, tu auxilio, la liberación de todo mal. Amén.»

LA ORACIÓN DEL ROSARIO

Si Jesús nos enseñó a decir «Padre nuestro», la Iglesia nos enseña a rezar a «nuestra Madre». Pone el Rosario en manos de todos los hijos de Dios. Como el Padrenuestro, el Rosario no es sólo una devoción, sino una escuela de santidad, en la que el alma cristiana vive el Evangelio en ambiente de Iglesia, bajo la mirada de María, a través de una vida cotidiana divinizada por la práctica de todas las virtudes, destinada a consumarse en la luz del Verbo y el ímpetu del Amor Eterno, en la intimidad del Padre, absorbida con el Hijo, por Él y en Él, en la unidad de la Trinidad.

ESPIRITUALIDAD EVANGÉLICA

El Rosario nos presenta todo el mensaje del Evangelio en la sucesión de sus misterios. Nuestro Padre Celestial nos envía a su Hijo para salvamos, y el Hijo Unigénito del Padre viene a habitar entre nosotros y a ofrecer su propia vida por nosotros en la cruz; y, tras haber llevado a cabo la reconciliación de la humanidad con Dios, sube a la diestra del Padre, resucitado e inmortal. Desde el cielo, nos manda su Espíritu y no cesa de ayudarnos, ya sea directamente, ya por medio de su Iglesia, a ser dignos de reunimos con Él en el universo de la gloria, donde nos aguarda.

De esta suerte pasa todo el Evangelio por el Rosario bajo el fulgor del supremo misterio de la Trinidad, que ilumina las cumbres de todos los misterios del cristianismo y en particular esa adopción filial recibida en nombre de la Trinidad el día de nuestro bautismo. Porque, ¿acaso no somos, por la gracia, hijos de la Trinidad, llamados a vivir en la Familia divina, teniendo a Dios por Padre, configurados con la imagen del Hijo Unigénito, y movidos por el mismo Espíritu de Amor que el Padre y el

Hijo? No meditamos bastante este misterio de misterios, razón de ser de toda nuestra vida.

Nosotros, hijos de Dios, debemos acostumbrarnos a rezar el Rosario a la luz de la Trinidad. ¡Es tan fácil!

— «Misterios gozosos: toda la Trinidad desciende a nosotros con la Encarnación del Verbo;

— «Misterios dolorosos: el mundo entero reconciliado con el Padre y las tres Personas divinas por la inmolación redentora del Hijo;

— «Misterios gloriosos: ascensión de las almas a Dios para ser consumadas con Jesús en la unidad de la Trinidad».

Todo el Evangelio revive a nuestros ojos mientras caminamos por la tierra con el rosario en la mano.

ESPIRITUALIDAD ECLESIAL

El Rosario es una devoción eclesial, no una devocioncilla de mujer pía. Casi todos los santos canonizados de la época moderna fueron amantes del Rosario. Un verdadero cristiano no deja pasar un solo día sin rezarlo. Después del Santo Sacrificio de la Misa, el Rosario es la más gran plegaria de la Iglesia cabe Dios. Los últimos Papas, desde León XIII, han proclamado reiteradas veces con firmeza la excelencia única del Rosario.

¿Cómo explicar esto?

La Iglesia, encargada de formar en la vida espiritual a todos los hijos de Dios, ve en el Rosario una síntesis viva de todos los misterios cristianos, una plegaria unida a una catequesis accesible a todos, una enseñanza completa de los principales misterios de la salvación en un clima de oración a un tiempo vocal y mental, en conformidad con las exigencias de una auténtica mística de la Encarnación.

Desde el punto de vista meramente externo, el Rosario contiene las más bellas oraciones del cristianismo: el *Padrenuestro*, la plegaria común a todos los hijos de Dios, el *Ave María*, la plegaria por excelencia de todos los hijos de la Madre de Cristo, y el «Gloria al Padre», la doxología perpetua de la Iglesia uniendo su voz a la del Verbo Encarnado. El alma orante se pone en contacto con el alma sacerdotal de Cristo, en presencia de la gloria del Padre, con el afán de cooperar a la extensión de su reino y de cumplir su voluntad, con el apoyo de la gracia, en la firme esperanza de su perdón y de su auxilio. Luego, comienza la plegaria a María, se repite, se

renueva, se perpetúa, hasta terminar con el «*Gloria Patri*»: «Gloria al Padre, al Verbo y al Amor como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos». Así fue como en Lourdes, tras recitar las diez «*Avemarias*», la pequeña Bernadette observaba que se entreabrían los labios de la Inmaculada y murmuraban con inefable acento: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo». La plegaria del Rosario se abisma en la alabanza de la Trinidad.

Aun cuando estas fórmulas vocales encierran tal belleza, lo principal en el Rosario es la contemplación de los misterios. Ésa es el alma del Rosario. El hombre es un espíritu encamado: el murmullo de los labios debe suscitar la mirada contemplativa de todo el misterio de Dios. El Rosario aprehende íntegramente al ser humano, en cuerpo y alma. El genio pedagógico de la Iglesia ha sabido explotar esta maravillosa unidad del compuesto humano tanto en su oración privada como en su súplica colectiva y litúrgica. Y se vale del Rosario para unir a los hijos de Dios en una plegaria común y mantenerles en un mismo *Credo*.

ESPIRITUALIDAD MARIANA

Por encima de todo, el Rosario es una plegaria mariana, el grito incesante del hijo a su madre, la oración por excelencia a María Medianera, según afirmación del Papa León XIII. En ese grandioso fresco que componen a nuestra mirada los misterios del Rosario, María se nos aparece desempeñando su función esencial de madre en la economía de la salvación. Todo procede del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo, todo nos lo adquiere y distribuye Cristo, nuestra Cabeza, pero no hay una sola gracia que descienda de la Trinidad por Cristo sin pasar por María. «Tal es la voluntad inmutable de Aquel que ha querido que lo obtengamos *todo por* María», decía San Bernardo. La Madre de Jesús, la que dio a Cristo al mundo, le «forma», además, en cada uno de los hijos de Dios. Cristo es siempre y en todas partes el fruto de María.

Los misterios del Rosario ponen grandemente de relieve esta tarea de madre y mediadora universal de María. Los misterios gozosos nos muestran al Verbo, el Hijo Unigénito del Padre, viniendo a nosotros por su encamación, pero al «*fiat*» de María. Ella es quien recibe a Cristo de manos del Padre Eterno, quien le lleva a San Juan Bautista, quien le presenta a los hombres, a los pobres y a los grandes, a los pastores y a los magos, quien le ofrece en el Templo al Padre Eterno. Ella es, en fin, la que impulsa a

todas las almas con su ejemplo a hacer de su vida una incesante búsqueda de Jesús. En la hora suprema de la redención del mundo, Ella estaba allí, «de pie junto a la Cruz», uniendo su sacrificio de Madre a la inmolación sacerdotal de su Hijo, verdadera Corredentora de los hombres, operando con su Hijo la salvación del mundo entero. Ahora, María está en la gloria, a la diestra de su Hijo, con el rostro radiante de beatitud, Madre del Verbo, iluminada por la claridad de Dios, mas siempre inclinada hacia la tierra de los hombres.

Ningún tema de meditación, ninguna concepción del mundo entrevista por el más poderoso genio, alcanza la inconmensurable amplitud de ese universo de redención que ofrece a nuestras miradas la sucesión de los misterios del Rosario, espectáculo sublime que nos descubre, en su inmensidad, todo el plan de Dios y toda la historia del universo. La adorable Trinidad aparece en la cúspide, ocupando, como conviene a la Causa Primera, un lugar cimero, puesto que es el alfa y la omega de todo. Cristo constituye su centro vital, como propulsor de vida divina. Muy cerca de Él, asociada a su obra redentora, María nos es presentada como una criatura privilegiada, inmaculada y sin mancha, la primera de los redimidos, la más eficaz colaboradora de Cristo, trabajando con Él, por Él y en Él, no en un plano sacerdotal y ministerial como la Iglesia, sino en calidad de Madre, unida a toda la economía de nuestra salvación, Medianera siempre atendida por el Único Mediador, y por Él, Medianera ante el Padre y toda la Trinidad. Obra gigantesca que asocia a una simple criatura a la acción de la indivisible Trinidad en el mundo de las almas y de los espíritus puros, Corredentora y distribuidora de todas las gracias, reina del universo.

El Rosario nos brinda esa visión deslumbradora de la actividad mediadora de María, de todo su poder de intercesión, de su mérito, de su expiación, de su plegaria adoradora y reconocida, de una acción tan vasta como la de Cristo respecto a nosotros en la adquisición y aplicación a la Iglesia de todos los beneficios de la redención, en total dependencia y subordinación a la mediación superior y única de Jesús, Verbo Encarnado, Igual al Padre, con acceso a Dios por Sí Mismo, a título de Hijo.

Tales son las grandiosas perspectivas que nos ofrecen los misterios del Rosario, indicándonos el papel respectivo de los agentes realizadores de los designios de Dios: la Trinidad, Cristo, la Virgen y la Iglesia. El puesto de María resplandece entre Cristo y la Iglesia, en su misión de Madre de todos los hijos de Dios.

El Rosario no sólo se endereza a nuestra inteligencia o a nuestra sensibilidad. Por los modelos de santidad que presenta —los más hermosos del cristianismo— atrae nuestra voluntad a las más elevadas cumbres de la perfección. El Rosario es el Evangelio en acción, la exposición de todo el drama de la redención del mundo. Figuran en él todas las categorías de hombres y mujeres, buenos o malos, mezclados los unos con los otros como la cizaña con la buena semilla. Lección viva de santidad, no encerrada en un claustro, sino a campo raso, en el propio corazón de un mundo perverso, entregado a sus ocupaciones cotidianas, con sus múltiples moradores, unos fieles a Dios, otros negándole su adhesión. En el centro de todos los misterios, el Cristo del Gólgota se alza entre dos humanidades crucificadas, una en el odio, otra en el amor.

De nosotros depende la elección.

LA PLEGARIA DE JESÚS POR LA UNIDAD

Hay una plegaria más bella aún que el «Padrenuestro», la plegaria que brotó del alma de Cristo la víspera de su muerte, la plegaria más perfecta que existe en el mundo. Se la conoce con el nombre de «oración sacerdotal». Es la oración de Jesús por la unidad de su Iglesia. • Esa súplica a su Padre por la unidad fue el deseo supremo del Salvador, y por la realización de este deseo murió en la Cruz. • ¿Cabe concebir una visión del universo más sublime que esta perspectiva de la unión de todos los hombres en la unidad con Dios?

Una trastornadora reflexión de San Juan nos descubre las profundidades y las dimensiones inmensas de esta obra unificadora de Cristo. Los jefes judíos, reunidos en gran consejo, deliberaban sobre la suerte de Jesús. «¿Qué hacemos? Este hombre obra muchos prodigios. Si le dejamos hacer, todos creerán en Él, y los romanos vendrán a destruir nuestro Lugar Santo y nuestra nación. Entonces, uno de ellos, Caifás, que aquel año era Sumo Sacerdote, les dijo: «Vosotros nada comprendéis. ¿No veis que es preferible que muera un solo hombre a que perezca toda la nación?» Caifás no dijo esto por sí mismo, sino que, por su condición de Pontífice, profetizaba que Jesús había de morir por el pueblo, y no sólo por el pueblo —añade el evangelista— sino para reunir en la unidad a todos los hijos de Dios dispersos» (Jn 11, 47-52).

Aquí tenemos, pues, el designio de Dios Padre y el sentido universal de la misión del Verbo Encarnado. El Hijo fue enviado por el Padre «para reunir en la unidad a todos los hijos de Dios dispersos». Bajo esta luz, comprendemos todo el alcance de las declaraciones supremas de Jesús en su plegaria sacerdotal:

«Padre, llegó la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique y para que, por el poder que le conferiste sobre toda carne, otorgue la vida

eterna a todos los que Tú le diste. Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora Tú, Padre, glorifícame con la gloria que tuve cerca de Ti antes de la creación del mundo.

»He manifestado tu nombre a los hombres. Éstos han comprendido que yo he salido de Ti y han creído que Tú me enviaste. Yo te ruego por mis apóstoles, ruego por ellos y también por todos aquellos que, por su palabra, crean en mí. Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en Ti, para que también ellos sean uno en nosotros. Que sean uno como nosotros somos uno. Nosotros, por naturaleza; ellos por la gracia de adopción que los hizo hijos de Dios, a imagen de mi filiación eterna. Les he comunicado la gloria que Tú me has dado, a fin de que sean uno como nosotros somos uno, yo en ellos y Tú en mí, perfectamente uno, para que el mundo conozca que Tú me has enviado y que yo les he amado como Tú me has amado.

»Padre, los que Tú me has dado quiero que, donde yo esté, estén también conmigo, para que vean la gloria que Tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo.

«Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te conocí, y éstos conocieron que Tú me has enviado. Y yo les revelé tu nombre y se lo haré conocer, para que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y yo en ellos».

Tal es el sentido de la historia del mundo, Dios Padre nos ha amado hasta el extremo de darnos a su Hijo Unigénito para salvamos y reunir a todos los hijos de Dios en la unidad. Cuando el último de los elegidos entre en la gloria, en esta unidad divina, se acabará la historia del mundo. Nuestra tierra será arrollada como una tienda montada para una noche. Surgirán unos «cielos nuevos y una tierra nueva». Todas las Escrituras quedarán cumplidas. San Juan nos revela en su Apocalipsis los esplendores de la Jerusalén celestial. «Vi la Ciudad santa que descendía del cielo, de la morada de Dios, bella como una esposa engalanada para su esposo. Y oí una voz que decía: He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, pues Dios morará entre ellos. Ellos serán su pueblo y el mismo Dios, con ellos, será su Dios» y su Padre. Y enjugará las lágrimas de sus ojos, y ya no existirá la muerte, ni habrá llanto, ni gritos de dolor.

Entonces, El que está sentado en el trono declarará: «He aquí que hago un universo nuevo. Hecho está. Yo soy el alfa y la omega, el Principio y el fin. Al que tenga sed le daré de beber, gratuitamente, de la

Fuente de la vida. Tal será la parte del vencedor. Yo seré su Dios y él será mi hijo» (Apoc 21, 1-8).